

Todos celebraron el *suñeto*, repitiendo los vivas al subdelegado, y los repiques en los platos y vasos, mezclados con empinar la copa, unos más, otros menos, según su inclinación.

El señor cura llenó un vasito y se lo dió al gobernador diciéndole: — Toma, hijo, á la salud del señor subdelegado; — quien mandó que en la pieza inmediata se diese de comer al señor gobernador y á la república.

Tomó éste su vasito de vino; se repitió el brindis y algazara en la mesa, aumentando el alboroto el desagradable ruido del tambor y chirimías, que ya nos quebraba las cabezas, hasta que quiso Dios que llamaran á comer á aquella familia.

Luego que se retiraron los indios, comenzaron todos á celebrar el *suñeto*, que andaba de mano en mano, pero con disimulo, porque no lo advirtieran los interesados.

Con este motivo fué rodando la conversación de discurso en discurso, hasta tocarse sobre el origen de la poesía, asunto que una señorita nada lerda pidió á un vicario, que tenía fama de poeta, que lo explicara, y éste, sin hacerse del rogar, dijo: — Señorita, lo que yo sé en el particular es, que la poesía es antiquísima en el mundo. Algunos fijan su origen en Adán, añadiendo que *Jubál*, hijo de Lamech, fué el padre de los poetas, fundando su opinión en un texto de la Escritura que dice: que *Jubál* fué el padre de los que cantaban con el órgano y la

cítara, porque los antiguos bien conocieron que eran hermanas la música y la poesía; y tanto, que hubo quién escribiera que Osiris, rey de Egipto, era tan aficionado á la música que llevaba en su ejército muchas cantoras, entre las que sobresalieron nueve, á quienes los griegos llamaron *musas* por antonomasia.

Lo cierto es, que por la historia más antigua del mundo, que es la de Moisés, sabemos que los hebreos poseyeron este arte divino antes que ninguna nación. Después del diluvio renació entre los egipcios, caldeos y griegos. De éstos, los últimos la cultivaron con mucho empeño, y fué propagándose por todas las naciones según su genio, clima ó aplicación. De manera que no tenemos noticia que haya habido en el mundo ninguna, por bárbara que haya sido, que no haya tenido, no sólo conocimiento del arte poética, sino á veces poetas excelentes. En tiempo del paganismo de esta América, conocieron los indios este arte sublime y el de la música; tenían sus danzas ó mitotes, en las que cantaban sus poemas á sus dioses, y aun hubo entre ellos tan elegantes poetas, que uno, sentenciado á muerte, compuso la víspera del sacrificio un poema tan tierno y tan patético, que cantado por él mismo fué bastante á enternecer al juez que lo escuchaba y á obligarlo á revocar la sentencia; que vale tanto como decir que era tan buen poeta, que con sus versos se redimió de la muerte y se prolongó

la vida. Este caso nos lo refiere el caballero Boturini en su *Idea de la historia de las Indias*.

Es cierto que aunque no hasta el punto de enternecer á un tirano, lo que es mucho; pero es cosa muy antigua y sabida lo que influye la poesía en el corazón humano, y más acompañada de la música. Por eso, para confirmación de esta verdad, se cuenta en la fábula que Orfeo venció y amansó leones, tigres y otras fieras, y que Amfión reedificó los muros de Tebas, ambos con el canto, la cítara y la lira, para significar que era tan soberano el poder de la música y la poesía, que ellas solas bastaron para reducir á la vida civil hombres salvajes, feroces y casi brutos.

— Á fe que no hará otro tanto, dijo el subdelegado, el autor de nuestro *suñeto*, aunque se acompañara para cantarlo con la dulce música del tambor ó chirimía. — Rióse la facetada del subdelegado, y éste, queriendo oirme disparar por ver enojado al cura, me dijo: — ¿Qué dice usted, señor doctor, de estas cosas?

Yo quería quedar bien y dar mi voto en todo, aun en lo que no entendía, habiéndoseme olvidado las lecciones que el otro buen vicario me dió en la hacienda; pero no sabía palabra de cuanto se acababa de hablar. Sin embargo, venció mi vanidad á mi propio conocimiento, y con mi acostumbrado orgullo y pedantería dije: — No hay duda en que se ha hablado muy bien;

pero la poesía es más antigua de lo que el señor vicario ha dicho, pues á lo más que la ha hecho subir es hasta Adán, y yo creo que antes que hubiera Adán ya había poetas.

Escandalizáronse todos con este desatino y más que todos el cura, que me dijo: — ¿Cómo podía haber poetas sin haber hombres? — Sí, señor, le respondí muy sereno; pues antes que hubiera hombres hubo ángeles, y éstos, luego que fueron criados, entonaron himnos de alabanzas al Criador, y claro está que si cantaron fué en verso; porque en prosa no es común cantar; y si cantaron versos, ellos los compusieron, y si los compusieron los sabían componer, y si los sabían componer eran poetas. Conque vean ustedes si la poesía es más antigua que Adán.

El cura, al oír esto, no más meneó la cabeza y no me replicó una palabra; de los demás, unos se sonrieron y otros admiraron mi argumento, y más cuando el subdelegado prosiguió diciendo: — No hay duda, no hay duda; el doctorcito nos ha convencido y nõs ha enseñado un retazo de erudición admirable y jamás oído. ¡Vean ustedes cuánto se han calentado la cabeza los anticuarios por indagar el origen de la poesía, fijándolo unos en Jubál, otros en Débora, otros en Moisés, otros en los caldeos, otros en los egipcios, en los griegos otros, y todos permaneciendo tenaces en sus sistemas sin poder

convenirse en una cosa, y el doctor don Pedro nos ha sacado de esta confusa Babilonia tirando la barra cien varas más allá de los mejores anticuarios é historiadores, y ensalzándola sobre las nubes, pues la hace ascender hasta los ángeles! Vaya, señores, brindemos esta vez á la salud de nuestro doctorcito. — Diciendo esto tomó la copa y todos hicieron lo mismo, repitiendo á su imitación: — ¡Viva el médico erudito!

Ya se deja entender que en este brindis no faltó el palmoteo ni el acostumbrado repique de los vasos, platos y tenedores. Mas ¿quién creará, hijos míos, que fuera yo tan necio y tan bárbaro que no advirtiera que toda aquella bulla no era sino el eco adulador de la irónica mofa del subdelegado? Pues así fué. Yo bebí mi copa de vino muy satisfecho... ¿qué digo? Muy hueco, pensando que aquello era, no una solemne burla de mi ignorancia, sino un elogio digno de mi mérito.

¿Y qué, pensáis, hijos míos, que sólo vuestro padre, en una edad que aún frisaba con la de muchacho, se pagaba de su opinión tan caprichosamente? ¿Creéis que sólo yo y sólo entonces perdonaba la mofa de los sabios suponiéndola alabanza á merced de la propia ignorancia y fanatismo? Pues no, pedazos míos, en todos tiempos y en todas edades ha habido hombres tan necios y presumidos como yo, que pagados de sí mismos han pensado que sólo ellos saben, que sólo ellos aciertan, y

que los arcanos de la sabiduría solamente á ellos se les descubren. ¡Ay! No sé si cuando leáis mi vida con reflexión se habrá acabado esta plaga de tontos en el mundo; pero si por desgracia durare, os advierto que observéis con cuidado estas lecciones: *hombre caprichoso, ni sabio ni bueno; hombre dócil, pronto á ser bueno y á ser sabio; hombre hablador y vano, nunca sabio; hombre callado y humilde que sujete su opinión á la de los que saben más, es bueno de positivo, esto es, es hombre de buen corazón, y está con bella disposición para ser sabio algún día.* Cuidado con mis digresiones, que quizá son las que más os importan.

El subdelegado, viendo mi serenidad, prosiguió diciendo: — Doctorcito, según la opinión de usted y la del padre vicario, la poesía es una ciencia ó arte divino; pues habiendo sido infusa á los ángeles ó á los hombres, porque los primeros ni los segundos no tuvieron de quién imitarla, claro es que sólo el Autor de lo criado pudo infundirla; y en este caso díganos usted ¿por qué en unas naciones son más comunes los poetas que en otras, siendo todas hijas de Adán? Porque no hay remedio, entre los italianos, si no abundan los mejores poetas, á lo menos abundan los más fáciles, como son los improvisadores; gente prontísima que versifica de repente y acaso multitud de versos.

Vime atacado con esta pregunta, pues yo no sabía

disolver la dificultad, y así, huyéndole el cuerpo, respondí: — Señor subdelegado, no entro en el argumento, porque la verdad, no creo que haya habido ni pueda haber semejantes poetas repentinos ó improvisadores como usted les llama. Por tanto, sería menester convencerme de su realidad para que entráramos en disputa, pues *prius est esse quam taliter esse*, primero es que exista la cosa, y después que exista de este ó del otro modo.

— Pues en que ha habido poetas improvisadores, especialmente en Italia, no cabe duda, dijo el cura; y aun yo me admiro como una cosa tan sabida pudo haberse escondido á la erudición del señor doctor. Esta facilidad de versificar de repente es bien antigua. Ovidio la confiesa de sí mismo, pues llega á decir que cualquier cosa que hablaba la decía en verso; esto al mismo tiempo que procuraba no hacerlos.¹ Yo he leído lo que dice Paulo Jovio del poeta Camilo Cuerno, célebre improvisador que disfrutó por esta habilidad bastantes satisfacciones con el papa León X. Este poeta estaba en pie junto á una ventana diciendo versos repentinos mientras comía el Pontífice, y era tanto lo que éste se agradaba de la prontitud de su vena, que él mismo le alargaba los platos de que comía, haciéndole beber de su mismo

¹ *Scribere conabar verca soluta molis,
Sponte sua carmen numeros veniebat ad aptos.*

vino, sólo con la condición de que había de decir dos versos, lo menos, sobre cada asunto que se le propusiera. De un niño que apenas sabía escribir nos refiere el padre Calasanz en su *Discernimiento de ingenios*, que trovaba cualquier pie que le daban de repente, y á veces con tal agudeza que pasmaba á los adultos sabios.

De estos ejemplares de poetas improvisadores pudieran citarse varios; pero ¿para qué nos hemos de cansar, cuando todo el mundo sabe que en este mismo reino floreció uno á quien se conoció por el *negrito poeta*, y de quien los viejos nos refieren prontitudes admirables?

— Cuéntenos usted, señor cura, dijo una niña, algunos versos del negrito poeta. — Se le atribuyen muchos, dijo el cura; en todo tiene lugar la ficción; pero por darle á usted gusto referiré dos ó tres de los que sé que son ciertamente suyos, según me ha contado un viejo de México. Oigan ustedes:

Entró una vez nuestro negro en una botica donde estaba un boticario ó médico hablando con un cura acerca de los cabellos, y á tiempo que entró el negro le decía: — *Los cabellos penden de...*—El cura, que conocía al poeta, por excitar su habilidad le dijo: — Negrito, tienes un peso como troves esto que acaba de decir el señor, á saber: *los cabellos penden de.* — El negrito, con su acostumbrada prontitud, dijo: